

## SECULARIDAD CONSAGRADA Y COMUNIDAD FRATERNA

En el marco de la secularidad consagrada, propia del carisma de los IS, es conveniente ahondar en el sentido, originalidad y dinámica de la *comunidad fraterna*, teniendo en cuenta la autonomía de la persona y de las realidades temporales. Cuando no se existe claridad en este punto, la vivencia de los consejos evangélicos de acuerdo con la gracia propia de los IS, corre el peligro de oscurecerse notablemente. Por ello, antes de abordar los consejos evangélicos, propongo que meditemos sobre la comunidad fraterna.

No comentaré vuestros estatutos y práctica, pues, al no conocer ni su gestación histórica ni su concreción, sería una temeridad por mi parte. Mi finalidad es sugerir algunas pistas para la oración, que nos ayuden a vivir una real comunidad fraterna como consagrados en y desde el mundo. Para ello abordaré, en un primer momento, *la originalidad de la comunidad cristiana*, no siempre bastante presente. Luego aportaré algunas reflexiones más concretas su vivencia en los IS.

Antes de entrar en los puntos de la meditación, una pequeña aclaración. La comunidad fraterna, puesto que brota de la alianza de Dios con su pueblo, es una dimensión esencial del ser cristiano. La Iglesia es «Fraternidad» con mayúscula. La primera carta de Pedro enseña: «Como personas libres, es decir, no usando la libertad como tapadera para el mal, sino como siervos de Dios, mostrad estima hacia todos, amad a la comunidad fraternal, (en griego, ΤÈΝ ΑΔΕΛΦΟΤΗΤΑ; latín, FRATERNITATEM, HERMANDAD), temed a Dios...» (1P 2, 16-17). La Iglesia es Fraternidad; no basta con mantener una actitud fraterna. Necesitamos ahondar qué implica afirmar: «la Iglesia es Fraternidad», comunidad fraternal.

La *vida en común* es una *dimensión constitutiva* de las órdenes y congregaciones religiosas. Quieren expresar así el ideal de la primitiva comunidad apostólica, que tenía todo en común. Ahora bien, la vida en común no es una dimensión constitutiva del carisma de los IS; sí lo es la vivencia de la comunidad fraterna de acuerdo con la dinámica propia de la secularidad consagrada. Es importante ahondar en ello. Los IS están llamados a cultivar el don del que son portadores como *comunidad fraterna* en favor de la Iglesia y del mundo. El cultivo de la vocación personal y la fidelidad al don de Dios pasa inexorablemente por el cultivo de una profunda y sencilla vida de comunidad, más allá de si es vida en común o no. Para bien comprender esta afirmación, baste releer en el silencio estos textos paulinos entre otros muchos:

Así, pues, yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. (Ef 4, 1-7)

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación,

considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. (Flp 2, 1-5)

Todos los creyentes estamos urgidos, por tanto, a ahondar en el sentido de la comunión fraterna. Y cada uno debe hacerlo desde la vocación y misión que el Señor, personal y comunitariamente nos confía en la Iglesia y en el mundo.

## **I.- ORIGINALIDAD DE LA COMUNIDAD APOSTÓLICA**

La devaluación y utilización del lenguaje es uno de los signos de la cultura de nuestro tiempo. De ahí la necesidad urgente de ahondar en el significado de las palabras por medio de las cuales nos llega la revelación divina. Pongamos un ejemplo. En expresiones como comunidad de vecinos, comunidades autónomas...etc., el término comunidad es, ante todo, jurídico. Se habla de ciudadanos con derechos y obligaciones. El Antiguo Testamento, al hablar de la comunidad de Israel, evoca, explícita o implícitamente, la alianza de Dios con el pueblo elegido por puro amor. El principio y el sentido de la comunidad, por tanto, es muy diferente. Es un pueblo ante Dios, consciente de vivir del don.

Cuando el Nuevo Testamento habla de *la comunidad apostólica*, lo hace en el plano de la fe, y no en un simple plano jurídico. Estamos en la lógica propia de la vocación, de la llamada de Dios. *La ciudadanía del cielo* nos es dada: ni puede reivindicarse como un derecho ni se agota en la obligación. Es un don a acoger y cultivar libre y responsablemente. «¡Somos ciudadanos del cielo!» (Flp 1, 20) «Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios» (Ef 2, 19). He aquí la originalidad de la Fraternidad real y verdadera.

Enumero y comento de forma breve algunos puntos, para mejor comprender la dinámica que debe orientar *la comunidad fraternal* en el marco de la secularidad consagrada.

### **1.- LA FE EN JESUCRISTO, CARACTERÍSTICA ESENCIAL DE LA COMUNIDAD APOSTÓLICA**

Pablo, dirigiéndose a la comunidad de los gálatas, agitada por los hermanos que insistían en volver a las prácticas de la ley, escribía:

Antes de que llegara la fe, éramos prisioneros y estábamos custodiados bajo la ley hasta que se revelase la fe. La ley fue así nuestro ayo, hasta que llegara Cristo, a fin de ser justificados por fe; pero una vez llegada la fe, ya no estamos sometidos al ayo. Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos según la promesa. (Gal 3, 23-29)

La Iglesia, como lo indica su nombre, es la comunidad de los convocados. Tiene su origen en Dios que llama y en la respuesta libre de los convocados. Ni la raza, ni la cultura, ni el sexo ni la religiosidad dan el derecho de pertenecer a ella. Estamos en la lógica del don.

El primer capítulo de la Constitución dogmática sobre la Iglesia se titula: «El misterio de la Iglesia». Ella es «en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano». Ella es obra del Dios uno y trino,

«*la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*». Como misterio, la Iglesia santa es visible y espiritual a un tiempo. En la tierra, Cristo, el único Mediador, la instituyó y mantiene, como comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos. (LG 1-8)

Con otras palabras, la Iglesia es la comunidad de la nueva alianza, anunciada por los profetas, y que Dios Padre selló con la humanidad en la sangre de su Hijo y el don del Espíritu Santo. Alianza que celebramos de manera ininterrumpida en la Eucaristía. Por la fe en Jesucristo y el nuevo nacimiento del agua y el Espíritu Santo entramos a formar parte de la comunidad apostólica. Insisto: estamos, por tanto, ante la lógica del don, a diferencia de la lógica de derechos y deberes, la propia de la antropología jurídica. Los Hechos de los Apóstoles ofrecen varios relatos en esta perspectiva, baste señalar la conversión de Saulo, el celoso y fanático cumplidor de la Ley. El Resucitado salió a su encuentro por el camino que lo llevaba a Damasco y lo condujo a la Fraternidad. Es significativo: la primera palabra de Ananías, enviado por el Resucitado al encuentro de Saulo es esta: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo». (Hch 9, 17)

La comunidad eclesial se reúne en torno a quien la convoca, la alimenta y dirige con su palabra. En ella todos somos oyentes la Palabra única del Padre, que envió en una carne semejante a la del pecado. No estamos, por tanto, ante un grupo democrático, en el que se entra o sale por decisión propia, sino ante la iniciativa de Dios. No es en torno unos valores, ideales o acciones que se reúne la comunidad fraternal, sino en torno a Alguien. En la Eucaristía nos reunimos todos en torno al Señor que nos alimenta con su palabra y con su cuerpo y sangre.

Esta es la verdad que estamos llamados a vivir en la fe, con claridad y sencillez. Ciertamente, el ser «uno en Cristo», crea amistad, solidaridad y acción común; pero la pertenencia a la comunidad fraternal no puede ser vivida como un derecho, sino como respuesta libre y responsable a la iniciativa graciosa del Señor. Jesús decía: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado» (Jn 6,) En los discípulos, Jesús reconocía a los que el Padre le había dado y confiado (cf. Jn 6, 35-47; 17, 1ss). Pertenecer a la comunidad es gracia, que estamos llamados a vivir y cultivar en la dinámica propia del misterio o, si se quiere, de la sacramentalidad. La Fraternidad tiene su origen en Cristo. En él somos hijos del Padre y hermanos unos de otros. En su Espíritu clamamos: ¡Abba, Padre!

## **2.- UNA COMUNIDAD FILIAL Y FRATERNA.**

La comunidad apostólica, en cuanto obra de Dios, es una comunidad filial y fraterna. Importa mucho adentrarse en la verdad de esta afirmación, a fin de cultivar el don de Dios. Porque la Iglesia es una comunidad filial, es importante aprender a reconocer en el otro el rostro del Dios uno y trino. El otro, por tanto, es un don para mí, de tal forma que soy responsable de su vida. Y puesto que somos responsables y corresponsables de la misión de la familia en el mundo, estoy llamado a dar espacio al hermano, para llevar juntos adelante la misión en el mundo y a favor del mundo. La diferencia es un don. Somos Fraternidad. Si no avanzamos juntos, juntos retrocedemos. Ahora bien, esto supone seguir a Jesús, en el camino de su encarnación redentora, en el don de su vida para reunir a los hijos de Dios dispersos (cf. Jn 11, 52). La Fraternidad exige cultivar los mismos sentimientos de Cristo.

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. (Flp 2, 1-5)

A continuación, el apóstol añade el himno cristológico. El don de la comunidad debe ser cultivado con esmero y amor. Si no vivimos y cultivamos la fraternidad, privaremos a la comunidad de su eficacia misionera. Jesús oró para que la comunidad apostólica viviera en la comunión del Padre y del Hijo, a fin de que el mundo creyera.

No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. (Jn 17, 20-23)

Si no crecemos como una comunidad filial y fraterna, conviene insistir, no avanzamos de acuerdo con el deseo de Cristo. Más todavía, impedimos que el mundo conozca y crea que él fue enviado por el Padre al mundo, que el mundo reconozca que el Padre lo ama como ama a su propio Hijo, a quien lo da el Hermano universal. El Espíritu de la comunión es el que nos introduce en la Fraternidad, que es la Iglesia. Estamos en las antípodas de la antropología jurídica.

### **3.- UNA COMUNIDAD MISIONERA EN EL MUNDO.**

La Iglesia es misionera por naturaleza (cf. AG 2). El Espíritu de Pentecostés (cf. Hch 2, 2ss) la lanzó a las plazas públicas para dar testimonio del acontecimiento de Jesucristo muerto y resucitado. La comunidad apostólica no es un hogar cálido, un refugio, para consolarnos, sino un trampolín que nos lanza y sostiene, en las alegrías y pruebas inherentes a la misión en el mundo. Ser testigos de la verdad en el mundo nos enfrenta, tarde o temprano, al padre de la mentira y sus adeptos.

En cuanto Fraternidad misionera, la Iglesia está llamada a vivir en una actitud permanente de real discernimiento, a fin de ser colaboradora del Espíritu que fija el camino de la misión. Él es el verdadero protagonista de la misión. Ahora bien, esto conlleva no reducir la misión a unas actividades religiosas o sociales. El Espíritu conduce a la humanidad a la pascua del Señor, aun cuando no sepamos cómo (cf. GS 22). De ahí la importancia de estar cercanos y atentos a la vida concreta, para *discernir comunitariamente* cómo colaborar con el Espíritu. La evangelización difiere de la propaganda religiosa, como del proselitismo ideológico o partidista. No se trata de hacer clientes, sino creyentes. El cliente desaparece cuando encuentran algo que responde mejor a sus aspiraciones, proyectos o necesidades. El verdadero creyente, a pesar de sus limitaciones y dificultades, permanece: con Pedro dice: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros sabemos y creemos que tú eres el Santo de Dios». (Jn 6, 68-69)

Hace ya algún tiempo leí un librito sobre los retos del mundo de hoy y su evangelización. Era la reelaboración de una conferencia, en la que el filósofo francés, Fabrice Hadjadj, se preguntaba: ¿Es lo mismo volverse a Dios, pertenecer a su Iglesia o adherirse a un partido

o doctrina? Y se respondía: «Cuando te adhieres a un partido, te adhieres en primer lugar a una doctrina o a un grupo; a continuación, haces propaganda de ellos y procuras incorporar al mayor número de personas y transformar el mundo de acuerdo con los valores de tu grupo. Puede que la expansión de la Iglesia se haya concebido sobre este modelo, que es el de cualquier empresa que aspira a la universalidad: una parte quiere transformar el todo... El problema es que se trata de un modelo mundano: convierte la misión de la Iglesia en algo que no solamente *está en* el mundo, sino que *es del* mundo. Induce a pensar que la evangelización se lleva a cabo ante todo recurriendo a medios mundanos, cambiando Coca-Cola por Jesucristo... Volverse hacia Cristo es ante todo volverse hacia *alguien*; adherirse a un partido es adherirse a *algo*... Por tanto, la palabra cristiana no consiste en decir *algo sobre algo*, sino en hablar *de alguien a alguien*... De ello cabe deducir que la evangelización concierne antes a la comunión que a la comunicación. Un *algo* se comunica, mientras que con *alguien* se está en comunión. Cristo no es una marca de la que se hace publicidad: es una persona que sale a nuestro encuentro, con todo lo inesperado y todo lo imprevisible que conlleva el encuentro». (*La suerte de haber nacido en este tiempo*, Madrid 2016, pp. 17-20)

La misión de la Iglesia, en última instancia, no está tanto en hacer cosas o en extender una doctrina o ética, cuanto en facilitar y fomentar el diálogo y la comunión con el Dios vivo y verdadero. Jesús, en la llamada oración sacerdotal, se dirige al Padre con estas palabras: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (Jn 17, 3). Ahora bien, conocer en la Biblia, como sabemos, es entrar en diálogo y comunión de vida y destino con alguien. En este caso con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Cuando esto se olvida, corremos el riesgo de hacer de la Iglesia un grupo religioso y ético. Pero cabe preguntarse si respetamos la originalidad de «la misión del Espíritu Santo», el anuncio de la palabra de Dios. Escuchemos un relato significativo:

En la Iglesia que estaba en Antioquía había profetas y maestros: Bernabé, Simeón, llamado Níger; Lucio, el de Cirene; Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. Un día que estaban celebrando el culto al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado». Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las manos y los enviaron. Con esta misión del Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí zarparon para Chipre. Llegados a Salamina, anunciaron la palabra de Dios en las sinagogas... (Hch 13, 1-5)

El anuncio de la palabra de Dios, esto es, el anuncio del evangelio del reino de Dios y lo tocante a Jesús, como concluyen los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 28, 31), es lo esencial y original de la misión apostólica en el Espíritu Santo. La fe es la fuente de la verdadera religiosidad y del auténtico compromiso en el mundo.

#### **4.- UNA COMUNIDAD EUCARÍSTICA.**

El concilio Vaticano recordó de diversas formas cómo la Eucaristía, la Fracción del pan, es fuente y culmen de la acción evangelizadora de la Iglesia. En ella «se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo» de la muerte de Cristo (SC 6). «Ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima Eucaristía, por la que se debe, consiguientemente, comenzar toda educación en el espíritu de comunidad. Esta celebración, para ser sincera y plena, debe conducir tanto a las varias obras de caridad y a la mutua ayuda como a la acción misional y las varias formas de testimonio

cristiano». (PO 6; cf. SC 10)<sup>1</sup>. La comunidad apostólica es la comunidad de la bendición y la acción de gracias, del compartir fraterno, de la comunión y la esperanza, en ella celebramos de forma anticipada el banquete del reino de Dios.

La Eucaristía hace a la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía. En la Eucaristía seguimos siendo incorporados a Cristo, siendo su cuerpo en la historia. ¡Somos lo que recibimos! Y, en cuanto somos su Cuerpo en la historia, en él y como él, somos dados como pan de vida para los demás. Por ello leemos en la literatura agustiniana:

Si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol que dice a los fieles: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros*. Por tanto, si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el *Amén*, y con esa respuesta lo rubricáis. Se te dice: *El cuerpo de Cristo*, y tú respondes: *Amén*. Sé miembro del cuerpo de Cristo para que ese *Amén* sea auténtico. ¿Por qué precisamente en el pan? No aportemos nada personal al respecto, y escuchemos otra vez al Apóstol, quien, hablando del mismo sacramento, dice: *Siendo muchos, somos un solo pan, un único cuerpo*. Comprenderlo y llenaos de alegría: unidad, verdad, piedad, caridad. Un solo pan: ¿quién es ese único pan? Muchos somos un único cuerpo. Acordaos que el pan no se hace con un solo grano, sino con muchos. (Sermón 272)

Por ello quien recibe el cuerpo de Cristo está recibiendo en él también al hermano, incorporado a él. Este es el misterio. Todos quedamos incorporados a Cristo y dados en él.

La celebración «íntegra» de la Eucaristía –a diferencia de la fragmentaria– nos incorpora a Cristo y transfigura nuestras vidas en cierto modo en eucarísticas y, al transformarlas, nos impulsa a transformar el mundo de acuerdo con el designio creador y salvador de Dios, tal como se realiza en la Eucaristía. Así lo expresó de forma sugerente el Papa Juan Pablo II:

Anunciar la muerte del Señor «hasta que venga» (1 Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20). (EDE 20)

En las plegarias eucarísticas actuales, el que preside invoca la acción del Espíritu Santo, en un primer momento, para que transforme el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo; y luego, en un segundo momento, invoca de nuevo la acción del Espíritu Santo, para que cuantos celebran la Eucaristía sean hechos una comunidad de amor, la comunión fraternal. Así celebramos en la Eucaristía la dimensión cósmica y social de la acción salvadora de Dios en Jesucristo.

La correcta celebración de la Eucaristía, por tanto, nutre y alienta la Fraternidad que la secularidad consagrada o la consagración secular está llamada a vivir y cultivar, en la Iglesia, sacramento universal de salvación para el mundo.

---

<sup>1</sup> En el mismo decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros, se nos dice cómo debemos vivir el carisma del ministerio sacerdotal: «Esta caridad pastoral fluye sobre todo del Sacrificio Eucarístico, que se manifiesta por ello como centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que lo que se efectúa en el altar lo procure reproducir en sí el alma del sacerdote. Esto no puede conseguirse si los mismos sacerdotes no penetran cada vez más íntimamente, por la oración, en el misterio de Cristo». (PO 14)

## II.- LA FRATERNIDAD EN LA SECULARIDAD CONSAGRADA

En esta segunda parte de la meditación, recordaré algunos de los caminos a seguir para la vivencia de la Fraternidad o Hermandad, en el marco del contexto de la secularidad consagrada. Es evidente que se trata de simples orientaciones, pues cada IS tiene su modo peculiar de organizarse y sus propios acentos de acuerdo con el don de Dios.

### 1.- LA ESCUCHA ASIDUA DE LA PALABRA DE DIOS.

Lo que debe iluminar la vida y acción de los consagrados en la secularidad es, ante todo, la escucha, personal y comunitaria, de quien los congrega y envía: la escucha de su palabra siempre viva y actual en el Espíritu Santo. La *lectio divina*, cultivada personalmente y en comunidad es decisiva.

Juan Pablo II la recomendó con estas palabras: «Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia» (NMI 39). Es la condición para que la autoridad de la palabra de Dios, el Evangelio de la gracia, dirija la vida personal y comunitaria. En los Hechos de los Apóstoles, leemos: «Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2, 42).

Pero la escucha de la palabra de Dios es también escucha de todos y cada uno de los que integran la comunidad fraternal. El Espíritu del Señor habla a través de los hermanos. Es necesario, con mucha frecuencia, que los líderes callen, para escuchar juntos la palabra que viene de Dios a través de los miembros más pobres y débiles de la comunidad. Y esto tanto en la Iglesia como en la comunidad carismática de nuestros Institutos.

Aprender a escuchar juntos la voz de Cristo en las nuevas situaciones de nuestro mundo es también muy importante. Escuchar lo que el Señor me dice a través de los compañeros y compañeras de trabajo, a través de la realidad cotidiana. Escuchar al Señor a través de los pobres y sencillos... etc. En la fe, la comunidad de los convocados es, ante todo, una comunidad de la escucha. Y esto supone un profundo silencio externo y del corazón, así como una actitud de profunda humildad y atención. En la comunidad fraterna, María y Marta deben ir unidas. Al hablar de la opción por los pobres, Juan Pablo II recordó algo muy importante, pero que tenemos suma dificultad de vivir:

El cristiano, que se asoma a este panorama (hablaba el Papa de las nuevas formas de pobreza), debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza. (NMI 50)

Para llevar a cabo este camino de escucha y discernimiento, conviene encontrar el tiempo necesario y el método para acoger juntos la llamada que el Señor nos hace a través del hermano. La acción agrada al Señor si brota de la escucha. ¡Qué importante decir, personal y comunitariamente, «habla, Señor, que tu siervo escucha»! ¡Marta y María unidas!

### 2.- UNA ACTITUD PERMANENTE DE DISCERNIMIENTO EN LA MISIÓN

Vivir la consagración en el mundo y desde el mundo es hermoso, pero muy exigente. Como es sabido, todo carisma es un don a la Iglesia, para que lleve a cabo su misión en el mundo.

Así se recuerda que el Espíritu Santo es el protagonista principal de la misión. Sin Espíritu no hay evangelización, aun cuando pueda darse cierta propaganda religiosa. Por ello toda la Iglesia está llamada a vivir un proceso permanente de discernimiento de la acción del Espíritu, con el fin de ser colaboradores suyos en el advenimiento de unos cielos nuevos y una tierra nueva.

Los miembros de los IS, inmersos en las realidades temporales, con su legítima autonomía y trabajando con los métodos que les son propios, están llamados a vivir en una actitud permanente de discernimiento personal y comunitario. Es, a mi entender, la condición, «para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, y así preparen el material del reino de los cielos»; y así, liberados por el Espíritu de la libertad, «con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida humana, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirá en oblación aceptada a Dios» (GS 38). Para llevar a cabo esta hermosa misión, es necesario discernir los signos del Espíritu Santo en los signos de los tiempos. No se trata de juzgar la realidad, sino de descubrir en ella las huellas de la presencia del Señor que dirige la historia, mediante su acción discreta y silenciosa. ¡No seamos superficiales! La realidad más profunda escapa al control de los sentidos y la ciencia, como nos lo recuerda el sacramento de la Fraternidad, que es la Eucaristía.

Esta actitud permanente de discernimiento implica caminar en la historia con los otros; y esto supone: cercanía, compañía, escucha, contemplación, para descubrir en las personas y realidades, cómo hacerse colaborador del Espíritu de la verdad y libertad.

Pero quien quiera colaborar con el Espíritu de la verdad y libertad, no debe obviar ni rehuir lo que Jesús, animado por el mismo Espíritu vivió en su vida: «ser signo de contradicción». Y aquí surge con más urgencia la necesidad de discernir en la comunidad fraternal cómo vivir en el mundo y desde el mundo, el seguimiento radical de Jesús en comunión fraterna con los anhelos, trabajos y luchas de los hombres de hoy y de mañana. En esta perspectiva, el Concilio Vaticano recordaba a toda la Iglesia.

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia (GS 1).

El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas (GS 11).

Para avanzar en el discernimiento comunitario, estamos llamados a superar una triple tentación. Ante todo, es preciso evitar permanecer indiferente ante la misión que los demás miembros del Instituto están llevando a cabo. Por otra parte, es importante respetar los procesos propios de la acción desde la autonomía de las realidades temporales. Discernir no es dictar lo que se debe hacer o evitar, sino descubrir hacia donde nos quiere conducir el Espíritu, pero, sin olvidar, que los caminos pueden ser varios y diferentes. Y, por último, es



de capital importancia respetar los procesos, en ocasiones lentos, de las personas para que puedan dar lo mejor de ellas mismas colaborando con el Espíritu del Señor, al servicio de la misión de la Iglesia en favor del mundo.

### **3.- LA CARIDAD FRATERNA**

Así, pues, yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos. (Ef 4, 1-6)

En toda comunidad, como en toda familia, existen momentos difíciles. Los hubo en la familia de Nazaret y también entre los Doce. Hace mucho daño soñar con una comunidad ideal. Lo irreal lleva siempre a un fracaso estrepitoso. El apóstol escribía a la comunidad con gran realismo: «sobrellevaos mutuamente con amor». Ciertamente, el mandamiento nuevo es claro: «que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 34-35). Pero el realismo evangélico no puede ignorar esta característica del agapé: El amor «todo lo escusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1Cor 13, 7).

La corrección fraterna es expresión de amor. Pero a condición de no confundir la corrección con el juicio o la crítica por la espalda. La corrección nace de sentir al hermano como alguien que me pertenece, de saber que mi fidelidad está vinculada a la suya.

No es sano ocultar a cualquier precio las deficiencias, limitaciones y posibles pecados del otro. Pero, por otra parte, si soy corresponsable en la misión y común vocación, no puedo permanecer indiferente ante lo que vive y hace. Estoy obligado a compartir su proceso y camino, a comprometerme con él. Jesús, el buen pastor, sale en busca de la oveja perdida y marca el camino de la corrección fraterna, con el fin de que el hermano sea salvado (cf. Mt 18, 10-20). Significativo es también lo que Pablo escribía a la agitada comunidad de Corinto: «El conocimiento engríe, mientras que el amor edifica» (1Cor 8, 1). En todo debe buscarse la edificación del otro, la salvación de quien corre el peligro de extraviarse.

El amor auténtico es paciente y cree en las posibilidades del otro. Esta es una condición indispensable para crecer juntos en la verdad y en la confianza recíproca. La segunda carta de Pedro exhorta a vivir la fraternidad, huyendo de las rivalidades y ambiciones de este mundo: «Poned todo empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia, a la paciencia la piedad, a la piedad el cariño fraterno, y al cariño fraterno el amor» (2P 1, 5-7).

### **4.- CAMINAR JUNTOS EN LA ESPERANZA QUE NO DEFRAUDA**

Al término de estas reflexiones, podemos preguntarnos si avanzamos, como personas y comunidad, de acuerdo con la dinámica propia de la esperanza que no defrauda. Es, a mi entender, una condición indispensable para ser *testigos y servidores de la esperanza y alegría* de la que tanto necesitan nuestro mundo y nuestras comunidades eclesiales. Pero no se trata de ofrecer ilusorios consuelos, sino de infundir en las venas de la humanidad, como diría Juan XXIII, la esperanza que no defrauda, la que da el Espíritu.

Después de insistir cómo Abrahán, apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchos pueblos, y de cómo Jesucristo nuestro Señor, «fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación» (Rom 4, 1-25), Pablo recuerda cómo el amor que el Espíritu derrama en nuestros corazones es el signo de la esperanza que no defrauda.

Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 1-5).

La falta de ánimo y esperanza provienen, en última instancia, del olvido de la fidelidad de Dios. En medio de nuestras limitaciones y fragilidades, meditemos sin cesar esta palabra del apóstol: «Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2Tim 2, 13). También estamos llamados a no confundir nuestros planes con los planes de Dios, como ya denunció el profeta (cf. Is 55, 1-13). No se trata de negar la bondad de muchos de nuestros deseos, expectativas, planes y esperanzas (en plural), incluso de su necesidad. Pero a condición de saber que los planes y caminos de Dios son más elevados y consistentes que los nuestros. He aquí la sabiduría que permite estar abierto a la esperanza que no defrauda, a esperar contra toda esperanza. ¡Dios es fiel y lleva a cabo sus promesas de acuerdo con sus planes, caminos y tiempos!

El relato de los discípulos de Emaús recuerda cómo entre ellos alimentaban una esperanza errada, esto es, una expectativa según su cultura religiosa (cf. Lc 24, 13ss). La escucha de las Escrituras interpretadas por el peregrino anónimo los dispuso para reconocerlo en la fracción del pan; y al desaparecer de inmediato el Resucitado de su vista, aquellos discípulos se pusieron de inmediato en camino hacia la comunidad y la misión. Habían nacido a la verdadera esperanza, a la alianza que no defrauda. Dios había sido fiel al cumplir sus promesas de salvación; pero según los tiempos y camino fijados por él. ¡Dios cumple siempre su palabra! Pero estemos atentos, para no proyectar sobre él nuestros planes, camino y tiempos. He aquí una llamada a la conversión personal y comunitaria. Nuestra fe y esperanza se apoyan en la fidelidad de Dios. El amor nos es dado y por ello puede ser mandado. ¡Seamos una auténtica comunidad de fe, amor y esperanza!